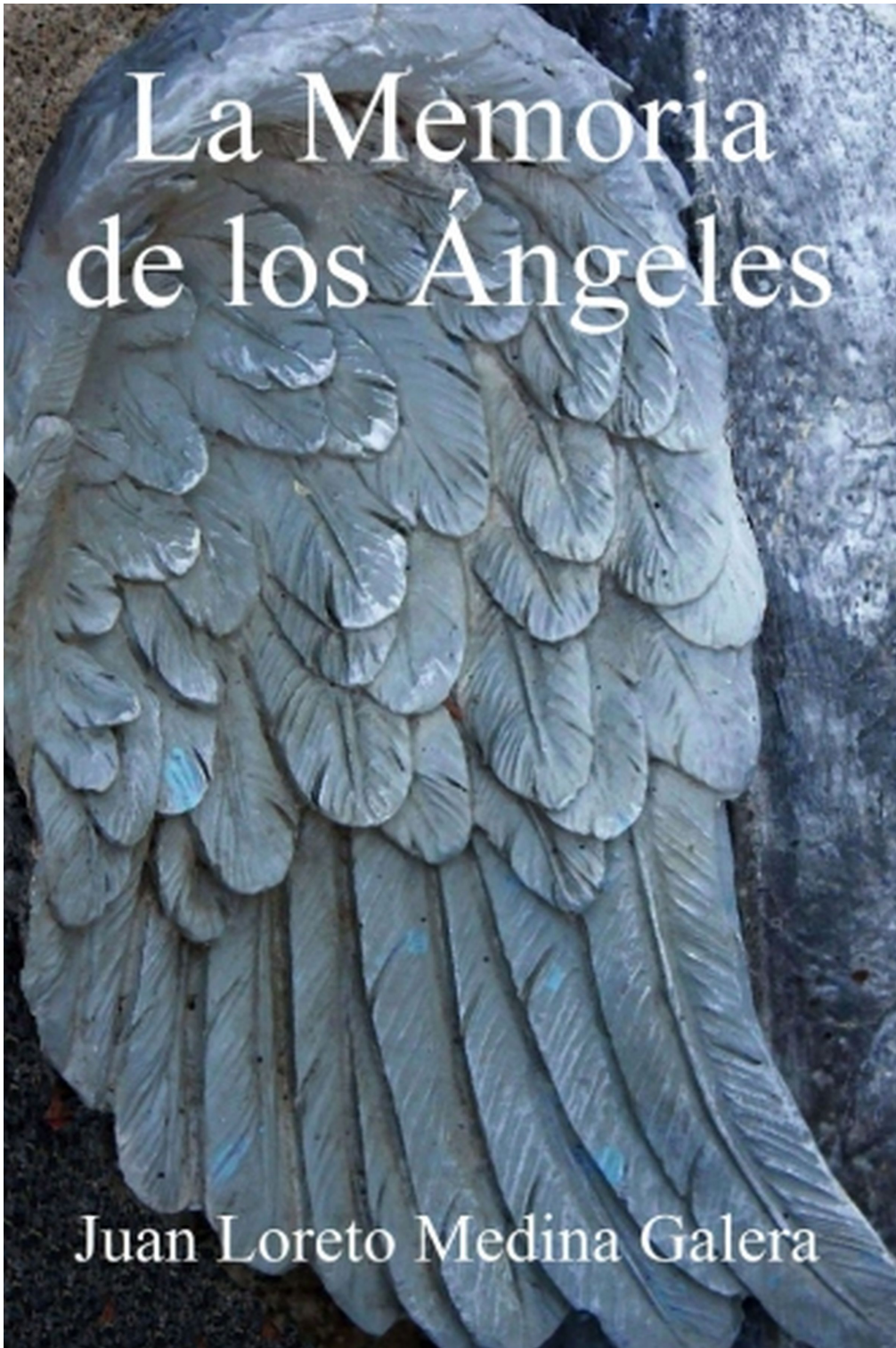


La Memoria de los Ángeles

Juan Loreto Medina Galera



Capítulo 1

La Memoria de los Ángeles. Capítulo 1.

1. Del Libro de Los Arcángeles

Gabriel

Primavera, 1970

Gabriel no dijo nada, ni siquiera adiós, cuando, a la edad de diecinueve años, su padre lo dejó ingresado en aquel hospital de locos y se marchó. Tampoco intentó liberarse de los dos enfermeros que lo sujetaban por los brazos en previsión de cualquier asomo de rebeldía. Con su ojo derecho —el único que le quedaba tras haber perdido el izquierdo durante su reciente fuga—, emborronado por un amago de lágrima, observó a su padre alejándose de prisa y cabizbajo por un pasillo que olía a medicinas y a lejía, hasta que desapareció tras una puerta de metal con un ventanuco de vidrio reforzado para vigilar a los pacientes.

Después, escuchó el chasquido de una cerradura, y su eco retumbando entre las paredes recubiertas de azulejos blancos...

En aquel lugar permaneció olvidado por todos durante casi treinta años, hasta que, un día, el destino, o quizá Dios, o tal vez el engranaje misterioso del universo, o puede ser que, simplemente, el prosaico azar se encargó de rescatarlo de aquel purgatorio... Y, cuando eso al fin ocurrió, él pudo rescatarme a mí del mío.

Me llamo Mariángeles Montoya y, antes de empezar a contar mi historia, tengo que confesar que mi primera vocación —y también, mi primer oficio—, antes que de escritora, fue de puta. Disipé más de treinta años de mi vida ejerciendo la prostitución. En mi defensa —si es que de algo soy culpable—, podría alegar que no lo hice por elección propia sino que nací predestinada a ello: me engendraron y parieron en una casa de prostitutas, y cuando fui escupida al mundo por la mala puta de mi madre, las manos de otra me acogieron y me hicieron llorar por primera vez... Me crie en el ambiente clandestino de un prostíbulo barato, y ya desde antes de aprender a hablar y a comprender lo que me decían, mi madre se encargó de repetirme a diario, para que se me fuera grabando en el cerebro, que yo había nacido para ser una de ellas... Y así ocurrió.

Y por si alguien se pregunta cómo es que a una prostituta se le ocurre sentarse a escribir estas cosas, también aclararé que soy vieja. Muy vieja. La vejez no sólo se mide en tiempo, sino en alegrías y en desencantos, y yo he vivido y he penado mucho, y, en mis últimos años, primero por aburrimiento y después por afición creciente, he devorado cientos de libros cuyo aluvión de sabiduría obró un milagro: desprender de mi alma las pesadumbres que me lastraban y dar a luz a quien ahora soy... Aunque tengo que reconocer que sigo hablando igual de mal que siempre.

Esta es la historia de mi vida y de las vidas de aquellos que en ella vivieron y adornaron con su presencia mis horas. Tan sólo soy uno más de los personajes que la habitan, pero podría serlos todos porque, al final, todas las existencias se reducen a lo mismo: a una historia de amor; de su cumplimiento inefable y redentor, o de su ausencia sórdida y desgarrada, pero, en todo caso, de amor.